

Caldas y la medicina neogranadina

Escribe: GERARDO PAZ OTERO

Entre las múltiples actividades desplegadas por Francisco José de Caldas durante los 48 años de su meritoria vida, se destaca la de publicista; en 1808 concibe la idea de dotar a Santafé con un órgano de difusión cultural, y salvando toda clase de dificultades funda **El semanario del Nuevo Reino de Granada**, con la colaboración de sus eruditos congéneres Lozano, Madrid, Valenzuela, Camacho, etc.

El semanario constituyó una cátedra permanente donde al mismo tiempo que difundía sus profundos conocimientos botánicos, astronómicos, físicos y matemáticos, daba a conocer la realidad del país con miras a obtener el mejoramiento general de la población señalando sus inmensas riquezas naturales, las perspectivas de la agricultura y del comercio exterior.

Era **El semanario** una continua exhortación al trabajo comunitario y, no obstante la censura real que se le impuso, su talento sabía eludirla para hacer ver la necesidad de un cambio en las aberrantes estructuras feudo-coloniales, porque para él la ciencia solo tenía un significado humano: dignificar al hombre.

No escapó a su inquietud científica la nosología regional, y desde las páginas de **El semanario** clamaba por el fomento de la investigación médica para conocer las endemias y mejorar la salud de los habitantes del Nuevo Reino de Granada.

Es así como el 25 de mayo de 1809 don Nicolás Tanco le envió desde Honda una interesante comunicación sobre el bocio endémico y su curación con la sal yodada; del número 6 de **El semanario** extractamos los siguientes párrafos: (se conserva la ortografía original). "Vm. convidó á todo el Reyno a que trabajase sobre la curación de los cotos, y Vm. ofreció un premio; pero hasta ahora no se ha presentado una Memoria sobre la curación de este azote terrible del hombre del N. R. de Granada. Yo no puedo mirar sin el mas vivo dolor de mi corazón la indiferencia de nuestros compatriotas ilustrados. Tener luces, tener tiempo y medios para hacer indagaciones sobre los cotos, y permanecer en tranquilidad, viendo gemir un tercio de nuestros hermanos baxo el enorme peso de los cotos, y reproducirse esta generación en otra de insensatos, es un misterio que no puedo penetrar. Esta apatía, permita U. que yo use de este lenguaje científico a que no estoy acostumbrado, es inescusable, y yo no

puedo ya guardar mas tiempo el silencio forzado en que me he mantenido, viendo los progresos que hacen todos los dias los cotos en esta villa y demas lugares del Reyno. Pero declamar, no es obrar en beneficio de nuestros hermanos afligidos. No soy Medico, jamás he recetado en frases pomposas, y obscuras; pero puedo decir con sencillez sal, coto, garganta. Oyga, pues V. lo que he visto. Corre en esta Villa con mucha fama para curar los cotos la sal que se extrae de la Vega de Supía. D. Tomas Roberto Morand, Oficial de la Administración de Tabacos, con quien he vivido, estaba cargado de la mole de un gran coto, que le atormentaba en todos los momentos. Trató de aliviarse, y todos sus remedios se reduxeron á sasonar su alimento con la sal de la Vega de Supía, y terminar con una tasa de Café. A los dos meses de este regimen percibió que su garganta se desembarasaba, y que el material que constituía el coto descendía á las regiones baxas. Permita V. ahora que mude de estilo, y que me explique sin terminos tecnicos de una facultad que no poseo. Me alegro, por que esto contribuye mucho á que me entiendan los que adolesen de coto. Pero vamos a nuestro negocio. —La Señora Doña Micaela Derrell aplicó esta sal a una hija que adolecía de esta terrible enfermedad, y se ha disminuído notablemente—. D. Tomas Carrasquilla que lloraba la suerte de su hija Doña Barbara ocurrió á esta sal benéfica, y desapareció enteramente el coto. Aquí tiene V., Señor Editor, lo que he visto, y palpado, y deseo que se analise y exâmine esta preciosa sal de la Vega de Supía”.

Parece que este bocio por carencia alimenticia se encontraba muy propagado en el territorio neogranadino, pues en otro número de *El semanario* publicó Caldas la siguiente “Noticia sobre los cotos. - Hemos recibido de la ciudad de Buga un bote que contiene tres libras de sal, remitidas por Don Francisco Varela, como remedio eficaz para curar el coto. No queremos alterar las palabras de este zelozo patriota en materia tan importante, y vamos a copiar su carta. — Buga y Marzo I de 1809. - M.s.M. remito tres libras de sal, que aquí llaman de BURILA, remedio eficaz para curar los cotos. Según la observación que tengo hecha en mi casa con algunos niños, ban quedando del todo sanos. El modo de aplicarla es, hacer un taleguito, llenarlo de esta sal, y atarlo a la garganta por algún tiempo, cuydando de renovarla de quando en quando. Tambien se debe tomar un poco en la boca, y pasar alguna saliva cargada de esta sal. De su resultado me avisará, para que en caso que sea útil remitir a V. mas. - Queda de V. su afectisimo servidor y amigo que b.s.m. - Francisco Varela”.

Caldas comentó las anteriores comunicaciones con esta “Nota del editor. Sospechamos que la sal remitida de Buga sea la misma de la que habla Don Nicolas Tanco. Es de desear que estos buenos patriotas nos den noticias circunstanciadas sobre el lugar preciso en que se recoge este remedio. Ofrecemos repartir entre los que padecen esta enfermedad las tres libras de esta sal, que tenemos en nuestro poder, con solo el encargo de comunicarnos los efectos”.

Así cooperaba Caldas a despertar el interés por la salubridad del pueblo sin temor a las críticas que se le hacían por estas incursiones por los predios de Hipócrates; pero que sí temían los aficionados a la medicina natural, como el mismo señor Tanco, quien termina la comentada carta a Caldas en estos términos:

“Ya me parece que oygo á los que creen que todo se ha de explicar en griego, en latín, ó en un idioma que nadie entiende: EMPIRISMO, EMPIRISMO; pero el empirismo y los que no saben mas lengua que la nativa, son los que han enseñando los pocos remedios que tenemos. Un infeliz Indio de Loxa enseñó a los Doctores y á toda la Europa que la corteza de su Quinquina curaba las calenturas intermitentes: despues se le pusieron nombres sabios, tomados de la lengua que habló Platon, Dioscorides, o Plinio: se hicieron muchos volúmenes, y hoy hacemos lo que hizo el Indio de Loxa. Sirvase V., Sr. Editor, ponermele á este remedio un poco de frase científica, y presentela al público con toda la máscara pomposa de términos que no podemos enunciar; pero nó, Sr. Editor, nó pues mas vale que se curen los desgraciados con este remedio, aunque se le dé el epíteto de EMPIRICO”.